



**¿OPTIMISMO... PESIMISMO...
ANTE AMERICA LATINA?**

Por principio, cualquier actitud cristiana ante problemas religiosos ha de estar impregnada de optimismo. Al enfrentarnos a un problema religioso, aunque sea descorazonador para nuestra visión limitada, por humana, hemos de adivinar tras la acción dramática el juego divino de la gracia. Es difícil, sin duda, señalar su camino en la selva enmarañada de los hechos. Pero donde hay una luz, Dios ha puesto su planta. Y como dijo el poeta :

*“Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más...”*

No nos interesa otra cosa : Saber que Dios camina por la senda incomprendible de sus pasos.

Al tratar del catolicismo latino-americano, a la fuerza hemos de manejar cifras abrumadoras por su magnitud y por desesperantes. Espacios gigantescos, dificultades geográficas, penuria desalentadora de sacerdotes, protestantismo, comunismo... ¿Qué más? Los Sumos Pontífices las han señalado en su escalofriante objetividad (... Y una pereza de decenios ante la lejanía de las fuentes vivificadoras de los sacramentos.) Todo eso es verdad y nos obliga. El “angustioso llamamiento” de los dos últimos Ponti-

fices retiñe en nuestros oídos con su urgente llamada sin espera. Ahora o nunca. Porque los datos de la presencia del Espíritu en Latinoamérica se multiplican; y El llega, pasa y se aleja apresurado como el viento

Sabemos que está ahí. En la angustia de los Obispos imposibilitados de llegar a todos con su cuidado pastoral; en la renovación de los Seminarios y en la nueva floración de vocaciones sacerdotales; en el empeño de la Iglesia por mantener su primacía sin escatimar esfuerzos; en la respuesta de diócesis de otras naciones, de Ordenes y Congregaciones religiosas, al llamamiento de los Papas; en la vitalidad nueva y generosa del apostolado seglar; en el clamor de un pueblo íntimamente cristiano y que no quiere perder su fe. Ahí percibimos la presencia viva y fontal del Espíritu; el paso presuroso, con resonancias definitivas, de Dios.

A todos nosotros los cristianos interesa la presencia activa y fecunda de Latino-américa en los confines de la fe. En la tremenda batalla ideológica que estamos luchando necesita la Iglesia de la presencia fiel del único Continente católico en su totalidad. Y mucho más cuando Latino-américa "parece pisar los umbrales del destino del mundo para asumir en él un papel decisivo" (S. S. Juan XXIII). Por eso esperamos. Nos es imposible a nosotros, pobres hombres, rastrear los designios providentes de Dios. Pero en la lucha sin cuartel por mantener los principios bases de la cultura cristiana, sabemos que el Señor no ha olvidado a Latino-américa, e intuimos que en la última baza gigante de Dios, el peso de esos millones de cristianos, —la tercera parte de los católicos del mundo— ha de dar el jaque definitivo.

Quizá parezca exagerada esta —podríamos llamar— sobreestima del Continente latino-americano. Sin embargo, es profundamente aleccionadora la actitud de los Papas a este respecto. Al releer una y otra vez sus palabras nos parece sentir en ellas, junto con una gran preocupación, una realísima y auténtica esperanza. Y es que resulta verdaderamente asombroso que careciendo Latino-américa, desde hace más de un siglo, de suficientes sacerdotes, haya permanecido adherida a la fe tan unánimemente. Allá los sociólogos con sus estadísticas y sus razones; la realidad es que Latino-américa, contra toda humana posibilidad, se ha mantenido fiel a la fe de sus mayores.

No basta, de todas maneras, para nuestros días, esa actitud pasiva y conservadora del catolicismo latino-americano. La lucha está en sus fronteras y allí la Iglesia quiere ganar la batalla. Por eso, S. S. Juan XXIII (aloc. a la III reunión del CELAM, 15 Nov. 58) urge a los Pastores la obligación de transformar en realidad las esperanzas de la Iglesia. Les entrega un programa de acción, que no por proyectar con amplitud de miras, abandona la necesidad concreta, angustiada, de cada día. Les exhorta a la unión de los esfuerzos, a una inteligente y previsora ordenación de los medios apostólicos, a una laboriosidad paciente, ilimitada, sin desfallecimientos por parciales fracasos. Vuelve de nuevo a tratar de la escasez de las vocaciones sacerdotales y de su formación en un íntimo y sacrificado amor a la santidad sacerdotal. Ya Pío XII urgió por su parte en aquellas naciones, la propagación de la doctrina social

de la Iglesia, desconocida para la mayoría de sus católicos, y la formación de seglares competentes, que substituyan y colaboren con el sacerdote en la acción social y educacional.

Esperamos. A nosotros toca especialmente, hermanados en una común Historia y en una lengua común, entregar nuestros sacerdotes para que en América latina se conserve la fe. Y entregarlos, olvidados los egoísmos de nuestra fe comodona, por el bien de la Iglesia universal.

Con unas cifras comprenderemos esa necesidad acuciante: mientras en España, por término medio, cada Obispo dispone de 304 sacerdotes, en América latina sólo tiene treinta y nueve. En España hay un sacerdote para cada 980 habitantes, en Latinoamérica a cada sacerdote le tocan 5.253 almas. Creemos injusta y egoísta la frase tantas veces oída de que aquí hay también necesidades. Necesidades las habrá siempre. Pero es de espíritus grandes el atreverse. Para nuestro catolicismo achicado y discutidor de mínimas parcelas eternamente deslindadas, urge un trabajo arduo, universal, capaz de recrear energías nuevas. Poca estima tienen de nuestro catolicismo los que lo creen desvitalizado e incapaz de resolver nuestras propias necesidades y atender vigorosamente al mismo tiempo a las tareas de toda la Iglesia:

“Que la Iglesia de España se persuada de que nada perderá con el envío de numerosos hijos a las Misiones. Cuantos más sean los soldados de Cristo que vayan a anunciar la divina nueva, tanto más sólida y consistente será la estructura de la Iglesia entre vosotros.

Solamente los pueblos conscientes de sus reservas espirituales y convencidos de su propia responsabilidad saben dar con generosidad la contribución de sus propios hijos y de sus propios recursos, para que otros participen de los tesoros de los cuales son depositarios” (El Nuncio de S. S. Pío XII a la XI Semana Misional de Burgos).

Por designio providencial, evidenciado en la voluntad de los Papas, en América latina está nuestro principal campo de expansión apostólica.

También nuestros seglares han de entregarse a esta labor apostólica y universal. Ellos tienen su puesto en la dura faena de conservar para Cristo aquel Continente, si son conscientes de su responsabilidad como cristianos ante las necesidades de sus hermanos en la fe. Deben hacerse capaces de abandonarlo todo, aun el deseo de una justa compensación, para ayudar en otras naciones a la defensa de la fe. Colaborar con su trabajo profesional, incondicionado, a las arduas misiones de la Iglesia española. Temo que en nuestras eternamente prolongadas discusiones de café no haya entrado jamás, ni aun como posibilidad lejana, el de esta entrega generosa de los seglares a un apostolado de primera línea.

Esperamos. La Historia dirá su última palabra. A nosotros toca, —a todos, por católicos— arrimar nuestra llama y nuestro hombro para el esfuerzo único y el fuego total. Ese fuego que presentimos, ¡y que soñamos!, ha de acrisolar un Mundo Nuevo.

Optimistas, porque creemos que Latino-América, con el esfuerzo de todos, responderá a la llamada del Señor.